



lo que es humano, el servicio de la vida, a disposición del hombre. Trá-
ta de un saber para vivir. Necesito conocer, tener una certidumbre
radical, formarme una cosmovisión. No hay manera de vivir humanamente
en la tierra sin construirse una "idea del mundo", sin conocer la situa-
ción y la circunstancia. Vivir aquí y ahora significa entrar en rela-
ción con el contorno y tener conciencia de la época. Pero no se vive --
solamente para el "aquí" y para el "ahora". Por su comunión con la ver-
dad, el hombre se evade de la cárcel espacio-temporal. Somos responsa-
bles de la verdad en cuanto desvelamiento y en cuanto comunicación. El
amor es inseparable de la verdad: la esclarece y la posibilita. Esta-
mos llamados --todos, sin excepción-- a dar testimonio de la verdad.
Abrirse a la verdad, y abrirse en la verdad para los otros es cumplir --
la ley de nuestro propio ser. Tenemos la certeza de que somos hombres
para algo mas que para dar con nuestros huesos en una tumba. Por eso --
me ha parecido siempre magnífico el lema de la Universidad Autónoma de
Nuevo León: "Alere Flamam Veritatis". Si la administración de la ver-
dad está confiada a la libertad humana, es preciso alentar la flama de
la verdad. Condenados como estamos a la muerte, debemos apresurarnos,
con inquebrantable voluntad y sin descanso, a dar nuestro mensaje, gran
de o pequeño, pero siempre auténtico, antes de pasar a aquel estado en
donde tenemos la certeza --los creyentes-- de que sobran los mensajes
porque todo está a la vista, en su mas prístina potencia. Pero todo --
desvelamiento, todo mensaje debe estar al servicio del amor que abraza
y excede a la verdad. Se me pidió --en vísperas de este homenaje--
que dejase un mensaje a las nuevas generaciones. A mis jóvenes alumnos
recuerdo, una vez mas, que los grandes sucesos de la historia fueron --
obras de grandes amantes, de héroes --de la inteligencia y de la bon-
dad--, de pensadores, de hombres de ciencia y de artistas.... Os invi-
to a que vivais la vida como ofrenda, como misión de servicio. Lo que
verdaderamente vale no es el éxito, sino el esfuerzo. Pero es preciso
que nos afanemos --válgame la expresión-- por naturalizar los valores,
por unir el mundo de los ideales con nuestra circunstancia. No basta --
pensar lo extraordinario, menester es vivirlo. ¿Cómo? abiéndonos a la
verdad y abiéndonos en la verdad para los otros. He aquí nuestro últi-
mo mensaje: ¡Amad sin transigir, hasta el fin, lo verdaderamente valio-
so, para que vuestra vida sea una autoconstrucción por el amor! ¡Prefe-
rid la verdad antes que la paz! ¡Acostumbraos a pasar sobre el propio
Yo, que es el hombre rudimentario; a vencer al hombre egoísta que todo
lo calibra por el interés! Y aunque vuestro querer vaya siempre mas --
allá de vuestro poder, nunca perdáis el impulso y la dirección hacia el
ideal. Todo puede ser penetrado, aclarado y objetivado en el viviente
espíritu de la Universidad investigadora. Partiendo de nuestra fideli-
dad a las mejores esencias universitarias, podemos, por el espíritu de
la investigación, henchir de posibilidades y de realidades a nuestra --
Alma Mater, que se renovará en nosotros y en las generaciones que nos--
sucedan. Estamos abiertos al diálogo porque creemos que es el único me-
dio para expresar y comunicar a los demás la vida de la investigación
humanística. Sabemos que por el diálogo la investigación se asocia y --
hace solidarios los esfuerzos de los individuos que la cultivan. Tene-
mos la convicción de que las humanidades son, antes que un sistema de --

lo que es humano, el servicio de la vida, a disposición del hombre. Trá-
ta de un saber para vivir. Necesito conocer, tener una certidumbre
radical, formarme una cosmovisión. No hay manera de vivir humanamente
en la tierra sin construirse una "idea del mundo", sin conocer la situa-
ción y la circunstancia. Vivir aquí y ahora significa entrar en rela-
ción con el contorno y tener conciencia de la época. Pero no se vive --
solamente para el "aquí" y para el "ahora". Por su comunión con la ver-
dad, el hombre se evade de la cárcel espacio-temporal. Somos responsa-
bles de la verdad en cuanto desvelamiento y en cuanto comunicación. El
amor es inseparable de la verdad: la esclarece y la posibilita. Esta-
mos llamados --todos, sin excepción-- a dar testimonio de la verdad.
Abrirse a la verdad, y abrirse en la verdad para los otros es cumplir --
la ley de nuestro propio ser. Tenemos la certeza de que somos hombres
para algo mas que para dar con nuestros huesos en una tumba. Por eso --
me ha parecido siempre magnífico el lema de la Universidad Autónoma de
Nuevo León: "Alere Flamam Veritatis". Si la administración de la ver-
dad está confiada a la libertad humana, es preciso alentar la flama de
la verdad. Condenados como estamos a la muerte, debemos apresurarnos,
con inquebrantable voluntad y sin descanso, a dar nuestro mensaje, gran
de o pequeño, pero siempre auténtico, antes de pasar a aquel estado en
donde tenemos la certeza --los creyentes-- de que sobran los mensajes
porque todo está a la vista, en su mas prístina potencia. Pero todo --
desvelamiento, todo mensaje debe estar al servicio del amor que abraza
y excede a la verdad. Se me pidió --en vísperas de este homenaje--
que dejase un mensaje a las nuevas generaciones. A mis jóvenes alumnos
recuerdo, una vez mas, que los grandes sucesos de la historia fueron --
obras de grandes amantes, de héroes --de la inteligencia y de la bon-
dad--, de pensadores, de hombres de ciencia y de artistas.... Os invi-
to a que vivais la vida como ofrenda, como misión de servicio. Lo que
verdaderamente vale no es el éxito, sino el esfuerzo. Pero es preciso
que nos afanemos --válgame la expresión-- por naturalizar los valores,
por unir el mundo de los ideales con nuestra circunstancia. No basta --
pensar lo extraordinario, menester es vivirlo. ¿Cómo? abiéndonos a la
verdad y abiéndonos en la verdad para los otros. He aquí nuestro últi-
mo mensaje: ¡Amad sin transigir, hasta el fin, lo verdaderamente valio-
so, para que vuestra vida sea una autoconstrucción por el amor! ¡Prefe-
rid la verdad antes que la paz! ¡Acostumbraos a pasar sobre el propio
Yo, que es el hombre rudimentario; a vencer al hombre egoísta que todo
lo calibra por el interés! Y aunque vuestro querer vaya siempre mas --
allá de vuestro poder, nunca perdáis el impulso y la dirección hacia el
ideal. Todo puede ser penetrado, aclarado y objetivado en el viviente
espíritu de la Universidad investigadora. Partiendo de nuestra fideli-
dad a las mejores esencias universitarias, podemos, por el espíritu de
la investigación, henchir de posibilidades y de realidades a nuestra --
Alma Mater, que se renovará en nosotros y en las generaciones que nos--
sucedan. Estamos abiertos al diálogo porque creemos que es el único me-
dio para expresar y comunicar a los demás la vida de la investigación
humanística. Sabemos que por el diálogo la investigación se asocia y --
hace solidarios los esfuerzos de los individuos que la cultivan. Tene-
mos la convicción de que las humanidades son, antes que un sistema de --



doctrina, una búsqueda que replantea incesantemente los problemas, para sacar de ellos el significado y la realidad de la vida humana. No andamos en pos de un humanismo libresco y conceptual, "almendrado de citas griegas y latinas, pero sin latido cordial para el hombre" (Caba). Queremos llegar a un saber del hombre integral que es, a la par, espíritu y carne, alma y hueso, razón y sangre, instinto y pasión. El ser multidimensional del hombre reclama una visión comprensiva de todos sus planos. Porque siempre he estado en éxodo hacia lo absoluto, no me exalto por los triunfos ni me deprimó por los fracasos. Pienso en aquellas -- aleccionadoras palabras de Quevedo: "Vuelve los ojos, si piensas que -- eres algo, a lo que eras antes de nacer, y hallarás que no eras, que es la última miseria". Existo, porque procedo de la suprema realidad -- irrespectiva. Sin esa suprema realidad irrespectiva, nada soy. En -- ella, y solo en ella, puedo encontrar plenitud y descanso, libertad y -- júbilo en un evento compartido y con destinación final en esa suprema -- alegría que relativiza todo. Mi padre quiso educarme para la victoria y no para la derrota. Me enseñó a no agriarme la vida, a trabajar y a trabajarme, a amar la soledad, para que no resulte odiosa la compañía. De él aprendí que la virtud es fuerza y que es preciso saber señorear -- nuestros impulsos y encauzar nuestras energías hacia el bien. Lo primero, antes de emprender mi camino en la vida, fue sentirme llamado a algo y sacrificarle todo lo demás. Mi padre y mis maestros: José Vasconcelos, Juan Zaragüeta, Xavier Zubiri, Miguel Federico Sciacca, Fritz J. von Rintelen, José María Castiella Mayz, Wenceslao González de Oliveros, Alfonso García Valdecasas y tantos otros, despertaron esa vocación y me incitaron a mantenerme constantemente fiel a mi destino. No quiero -- hablar de vocación de triunfo, sino de vocación de fidelidad a una misión. Fue mi madre la que me habló de Dios, por primera vez. Fue ella quien me enseñó a rezar. Fue ella la que con mayor ahínco, perseverancia y amor me señaló las verdades eternas que conciernen a la salvación eterna. En ella advertí lo que significa abnegarse, lo que es vivir para los seres queridos y para los prójimos en amor de Dios. Agradezco -- aquí y ahora, públicamente, a todos los que me han dado la mano -- los que viven y los que ya han muerto --, a todos los que me han ayudado a ser y a hacerme. De ellos he aprendido que la fuerza es la sinceridad consigo y con los demás, que la ocupación es autoconstruirse y mantenerse digno. Lo digo sencillamente: no le doy mucha importancia a mis -- obras, pero tampoco se la quito. No he hecho mas, porque no he sabido o no he podido. En todo caso no presento y ofrezco mis libros como de ningún valor, porque sería injuriar a los demás. Lo que nada vale, no resulta digno de presentarse ni de ofrecerse. Para el autor, su obra -- ha de ser criatura amada, por lo mismo que es entrañablemente suya. Negarle amor ante los otros, por finita, es deficiencia de carácter o sobra de orgullo. Rechazar esta ceremonia solemne del otorgamiento del -- grado universitario de Doctor en Filosofía "honoris causa" sería condenar el propio trabajo. Aceptarla sin reconocer mis deudas -- Dios, padres, maestros, amigos -- sería deshonesto. Y pienso que en este noble, generoso, estimulante ágape, vale mas un poco de sinceridad que una imponente montaña de hipocresía. Pueden ustedes estar seguros que su compañía, su afecto y acaso su admiración me producen una satisfacción in-



tima, legítima, sin caer en embriaguez ni en delirio de grandeza. ¿Acaso no soy homo, humus, nada prehistórica?. Pronto nos separaremos para ir a nuestras respectivas casas y para seguir con nuestros respectivos quehaceres. Pero me quedaré con ustedes en mí. Buscaré alcanzar altura elevándome sobre su altura de amistad. Me prometo y les prometo no dejarme desviar por las lisonjas ni por la aversión ajenas. Seguiré mi propio camino. Atendiendo a la rectitud de los pensamientos y sentimientos propios. He partido de lo poco que soy para alcanzar lo otro paso a paso, caminando sobre imperfecciones pero decidido a recoger algo de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno que pasa a la vera y advierto en el hondón de mi alma. En medio de la penumbra he creído en el resplandor de la luz. Detrás del sufrimiento, del esfuerzo y del sacrificio viene galopando la aurora. Un hervor de reverencias y de amores debe impulsar el vuelo generoso. ¡Fuera con las minúsculas ligaduras que restan posibilidad a la obra, velocidad a la carrera y belleza al sacrificio! Hay que batir alas sobre la desventura de las pequeñeces. No ir adelante — es volver atrás. Caminaremos — cosa en verdad difícil — calculando la situación y conservando el rumbo. Allí, en el hondón del alma, está la enjundia de lo que somos y de lo que anhelamos ser. Los demás: estruendo que se produce, vértigo de la vida, ¡no vale la pena!. Importa, eso sí, acometer el riesgo de cada día con un temblor de impulso seguro y de certidumbre vocacional, en espera de que la flecha — hoy caminando callada y misteriosamente — dé algún día en el blanco. Hasta entonces, y para entonces, aquí seguiremos, día a día, viviendo la vida como hombres comprometidos. Firmes, pero abiertos siempre a los suaves imperativos de la amistad y del diálogo, para saber ser hombre entre los hombres. He aquí lo que teníamos que decir. El resto es silencioso — preñado de gratitud y promesa."

4. Dr. Jesús Kumate Rodríguez.

El señor Rector informa, que después de conocer la solicitud de la Facultad de Ciencias Biológicas y la trayectoria académica del Dr. Kumate, este Consejo acordó el día 24 de agosto del presente, otorgarle el grado de Doctor Honoris Causa en Ciencias. También informa, que el Dr. Kumate se distingue por su brillante trayectoria científica como investigador; por sus innumerables contribuciones en biología, química y medicina, así como el papel fundamental que ha desempeñado en la fundación de las Escuelas mexicanas de infectología; asimismo, ha recibido un gran número de distinciones y actualmente es Secretario de Salud en nuestro país.

En base a lo anterior y en cumplimiento a este acuerdo, se solicita la presencia en el estrado del Dr. Kumate Rodríguez, para que le sea impues

ta la capa y el birrete y para que reciba de manos del Rector el diploma correspondiente.

2093-2-90/91. Una vez en el estrado el Dr. Kumate Rodríguez, el señor Rector le impone la capa y el birrete y le hace entrega del diploma de Doctor —honoris causa— en Ciencias. Antes de la entrega del diploma el Rector dió lectura al texto del mismo.

Acto seguido, se concede la palabra al Dr. Kumate Rodríguez, quien dijo textualmente lo siguiente:

"Magnífico señor Ingeniero Gregorio Fariás Longoria, Rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León; señores miembros de la H. Junta Directiva, Sra. Bertha Guerra de Kumate, neoleoneses, amigos todos: En el Eclesiastés se lee que hay tiempos de trabajar y hay tiempos para descansar, que hay tiempos para llorar y que hay tiempos para hacer la paz; hoy para mi es tiempo de dar las gracias, de mostrarme agradecido por la enorme distinción, la máxima que otorga una Casa de Estudios, el grado de Doctor Honoris Causa. Si como dice Ortega y Gasset, las tres funciones de una Universidad son: Preparar y formar profesionales, realizar investigación y promover la cultura, no puedo mas que inclinarme con grande humildad, ante esta distinción, que la Universidad Autónoma de Nuevo León y su Consejo de Gobierno han acordado otorgarme. Lo valoro aún mas, porque conozco cuál es el nivel y la excelencia académica que esta Casa de Estudios cultiva. Estoy informado de que las Escuelas de Medicina de este Estado, son aquellas que forman médicos que obtienen el mas alto porcentaje de ingreso en el Examen Nacional de Residencias Médicas, no encuentro otro motivo para esta distinción otorgada a mi persona, que la Universidad Autónoma de Nuevo León, haya querido distinguir, a quien por encargo del Presidente de la República, ocupa hoy el cargo de Secretario de Salud, la alta estima, la grande consideración que esta Casa de Estudios tiene para las acciones de salud y todas aquellas que promueven el bienestar social de los mexicanos. Es muy significativo que en la Junta de Gobierno exista y se haya hecho un reconocimiento en este acto, a una Licenciada en Enfermería, da idea clara sobre cuáles son los valores que preocupan a los miembros de esta Junta de Gobierno, y qué ideales son los que persigue y distingue en la práctica. No puedo hacer menos que una reflexión respecto a qué afortunados somos los nacidos en esta tierra, qué privilegiados los mexicanos que vivimos en estos tiempos, cuán grandes son las oportunidades para trascender, para contribuir a la grandeza de México y para promover el porvenir de las futuras generaciones. El que esta Casa de Estudios, dentro de sus ocupaciones, dé tiempo, distinga a profesionales de ésta y de otras Universidades, es muy significativo. Implica ante toda una grande generosidad, atributo característico de los habitantes de esta tierra. Y ante ello, quiero personalmente, el reconocer públicamente

